

COMO ERA MORAZÁN

Por: JOHN LLOYD STEPHENS

El General Morazán, acompañado de varios oficiales, estaba parado en el corredor del cabildo; una gran fogata había enfrente de la puerta y sobre una mesa que estaba junto a la pared, una candela encendida y varias tazas de chocolate. Era como de cuarenta y cinco años de edad, de cinco pies y diez pulgadas de estatura, delgado, con bigote negro y barba de una semana, con levita militar abotonada hasta el cuello y espada al cinto. Estaba sin sombrero y su fisonomía era dulce e inteligente. Aunque todavía joven, durante diez años había sido el primer hombre del país y ocho años Presidente de la República. Se había levantado y sostenido por su pericia militar y su valor personal; siempre conducía el mismo sus tropas y había estado en muchos combates, siendo muchas veces herido pero nunca derrotado.

El Coronel Zerabia me presentó a él. Por lo que yo había oído decir del General Morazán y por el entusiasmo con que sus oficiales se expresaban de su persona, se me había formado un sentimiento casi de admiración por este hombre, aumentando mi interés por él a causa de sus desgracias. En verdad yo no sabía cómo iniciar la conversación, y mientras mi mente estaba llena con la idea de su infortunada expedición, la primera pregunta que me hizo fue si su familia habría llegado a Costa Rica o si tenía yo alguna noticia de ella. No me atreví a decirle lo que entonces pensaba: que las penas afligían a todos los que estaban ligados a él y que probablemente a su esposa e hijas no se les daría asilo en aquel Estado. Pero en verdad era muy significativo el que, en tales momentos y ante el cuadro de sus destrozados seguidores, fresca en su memoria todavía la muerte de sus compañeros, en medio de la ruina y del desastre, su corazón se tornase hacia sus afectos familiares. Me manifestó su pesar por las condiciones en que yo encontraba a su desgraciado país; lamentaba en que mi visita tuviera lugar en tan infortunados momentos; me habló de Mr. Witt y de las relaciones de su patria con la nuestra, diciendo que sentía mucho que nuestros tratados no hubiesen sido renovados, mucho más que por entonces él nada podría hacer en tal sentido; pero yo no estaba pensando en nada de esto. Entendiendo que por el momento él tendría asuntos pendientes de mayor importancia, procuré hacer mi visita lo más corta posible, y regresé a casa.

Estaba yo tomando chocolate, cuando el General Morazán llegó a visitarme. Nuestra conversación fue larga y versó sobre diferentes asuntos. No quise preguntarle de sus planes y proyectos futuros, no obstante que ni él ni sus oficiales mostraban desconfianza. Al hacer referencia a la ocupación de Santa Ana por el General Cáscara, con un espíritu que me recordó el de Claverhouse en "Ol Mortality" me dijo: "Muy pronto visitaremos a ese caballero". Habló sin malicia ni odio de los líderes del partido central, y de Carrera como un indio ignorante y sin ley de quien, el partido que ahora le usaba más tarde tendría que sentirse feliz de que lo defendieran.

Al General Morazán se le acusaba de hostilidad hacia la iglesia y de levantar empréstitos forzosos. Su hostilidad hacia la iglesia se justificaba por ser ella en ese tiempo un paño funerario sobre todas las instituciones libres, degradando y destruyendo el espíritu cristiano en vez de levantarlo; y con respecto a los empréstitos forzosos, no podía prescindirse de ellos con motivo de las constantes guerras. Sus peores enemigos confiesan que Morazán era un modelo en sus relaciones privadas y, lo que ellos consideran una no pequeña alabanza que no era sanguinario. Ahora él se encuentra caído y expatriado, probablemente para siempre y bajo pena de muerte si regresa. Todos los postrados adoradores de un sol naciente infaman ahora su nombre y su memoria; pero yo verdaderamente creo, y sé que por mi aserción me acarrearé la indignación de todo el partido central; digo que verdaderamente creo que ellos han arrojado de sus playas al mejor hombre de Centro América.

JOHN LLOYD STEPHENS

Abogado, político, hombre de negocios, eminente escritor, viajero incansable, y arqueólogo de gran sagacidad y profunda intuición, considerado el padre de la arqueología maya.